



CONCURSO
LITERARIO
INTRAMED

2 0 0 9

RETRATO DE UN MAESTRO

RETRATOS
SELECCIONADOS

RETRATO DE
UN MAESTRO



Primer premio:

Ezequiel Gleichgerrcht

Seudónimo: Zek

Universidad de Buenos Aires - 2do Año

Datos del Maestro: **Valeria Forlizzi**

Cuando Andreas Vesalius conoció a William Shakespeare

Plantada en el medio del aula, erguida en posición anatómica. Así la conocí. No hizo falta que nos dirigiera la palabra, la expresión en sus ojos nos aclaró que no podíamos tocar los cadáveres sin guantes. Su sonrisa, sin embargo, la contradecía, y nos invitaba a dejar de lado la repulsión y aprender a contemplar el cuerpo humano en la más equilibrada de sus expresiones: la muerte. Y como si pudiera manejar el silencio con la misma habilidad con la que sus manos manipulaban aquella larga pinza de disección que adornaba el bolsillo superior de su guardapolvo blanco, bastó con que suspirara para acaparar la atención del aula, logrando un silencio incondicional. Tan pronto como nos dio la bienvenida, la fortaleza de su voz invadió cada rincón del frío salón que nos albergaba, como si estuviera compitiendo con el aroma a formol que había visto pasar generación tras generación de futuros médicos en formación. Pero definitivamente ganó su voz, cuya intensidad logró hacernos sentir privilegiados de poder comprender la complejidad anatómica que nos caracteriza. Y entonces, con una naturalidad digna de quien es experto en su campo, describió uno a uno los accidentes del cráneo que sostenía hacia la luz con su mano derecha, como si estuviera interpretando el cuarto soliloquio de Hamlet. Creo que fue en ese preciso instante que muchos logramos comprender aquella sensación agri dulce de la que tantos se jactan experimentar en situaciones cotidianas. ¿Cómo no admirar a esta profesora, quien con tan poco esfuerzo lograba describir con un nivel de detalle impecable uno a uno los milímetros de nuestra anatomía? Pero a la vez, ¿cómo no sentirse desesperanzado y superado por el volumen de información que – según uno infiere – hemos de manejar para poder parecerlos, en la más modesta de las formas, a una fracción de la sapiencia de esta profesora? El interjuego entre la admiración y la envidia se acentuaba con cada nuevo centímetro que recorría esta anatomista sobre el frívolo preparado. Y cuando el clímax de la esperanza de poder algún día equiparar nuestro conocimiento al suyo se igualaba con el pico de la desazón que acompañaba dicho objetivo aparentemente inalcanzable, su mirada nos convencía de que el trabajo constante y perseverante nos daría más satisfacción de la que podíamos predecir ese primer día de clase.

Nadie podría decir que lo que siguió era de esperar: la experta se refugió en una regla mnemotécnica para describir una de las estructuras fundamentales del cráneo. Fue como si al pasar la pinza por el espacio que separa la lámina cuadrilátera del foramen occipital la hubiera transformado en un ser humano. Es probable que, considerando las expresiones de terror que se habían instalado en nuestros rostros, lo haya hecho para darnos esperanza. De una forma u otra, así fue, y quienes sobrevivimos la imagen casi omnipresente de los cadáveres desparramados por el aula, salimos de clase ese día arraigados al ferviente desafío de absorber conocimiento. No por saturar nuestra memoria con una cantidad de vocabulario equivalente al que aprende un alumno en un larguísimo curso de lengua extranjera, sino por la necesidad vigorosa de querer imitar a quien se había convertido en nuestro propio Andreas Vesalius. Pero al salir,



cuando nuestras cabezas ya estaban vacilando entre las opciones para el almuerzo, escuchamos aquello que tanto temíamos: “Y repasen para la semana que viene, los estaré evaluados al azar, de manera individual”.

Volver a clase la semana siguiente significó mucho más que sufrir el ruido de la detestable alarma característica del alba, aquella que nos hace replantearnos, con cada beep, si deberíamos, de hecho, seguir cursando durante la mañana. Volver a clase exactamente siete días después de aquellas palabras que parecían tener semejante tinte amenazante implicaba mucho más que sufrir el conglomerado de gente hacinada en el subte. La vuelta a aquél salón con aquella profesora no daba lo mismo que volver a cualquier salón con cualquier profesor. Escondía una sensación de enfrentamiento, como si ella ya nos estuviera esperando con su larga pinza de disección en mano, lista para evaluar cuánto conocimiento habíamos sido capaces de incorporar durante la semana. El ritmo con el cual iban apareciendo accidentes anatómicos del húmero en mi mente pareció sincronizarse con el paso al cual subía las escaleras. Cuando no lo noté, había llegado al tercer piso. Allí estaba ella, balanceándose hacia adelante y hacia atrás en la puerta. Su sonrisa la delataba: sabía que estábamos aterrados y lo disfrutaba. No por el miedo a ser evaluados que se había instalado en todos nosotros, sino porque sabía que detrás de ese miedo, se había escondido una semana entera de estudio. Y así, uno a uno fuimos ingresando al salón. Todos los alumnos compartíamos dos cosas: los guardapolvos blancos y las expresiones de terror.

Y cuando las puertas se cerraban detrás del último de los alumnos que ingresaba al salón, la profesora se centró en el medio del aula y miró a su alrededor con detenimiento. Hubiera quedado equidistante entre el plexo braquial que se encontraba a su izquierda y el manguito rotador que esperaba a ser analizado en una mesa cerca de la ventana, donde yo estaba parado, si no hubiera sido porque había evitado pisar el charco de formol que se había derramado sobre el piso para no arruinar sus botas. De una forma u otra, de todos los alumnos, fui yo quien quedó más cercano a ella. Y no necesité que nadie lo hiciera explícito: mi desgraciada suerte topográfica me había hecho acreedor de la primera evaluación oral en anatomía. Mis compañeros de mesa, detrás, se posicionaron estratégicamente cual pelotón de soldados, listos para la batalla. Eran seis pasos los que nos separaban, y ya no supe medir el tiempo en segundos en ese momento, sólo en pasos. Tenía seis pasos para lograr tranquilizarme y no dejar que el miedo opaque una semana entera dedicada al estudio anatómico. Seis. Intenté despegar mi mirada de la baldosa gris que sostenía mi cuerpo tembloroso por debajo, pero sabía que subir los ojos implicaba un potencial contacto visual con quien se acercaba a cuestionar mi conocimiento. No pude, fue como si alguien estuviera empujando mi cabeza hacia abajo. Cinco. Corrí la mirada hacia atrás, en busca de un par de ojos cómplices que me dieran una mínima sensación de resguardo. Pero ver a mis compañeros me permitió entender que mi sensación no era única sino unánime. Cuatro. ¿A qué le tengo tanto miedo? ¿Acaso que es lo peor que puede pasar? Mi cabeza fue invadida por una seguidilla de preguntas de una naturaleza introspectiva atípica para el momento. Mientras agradecía para mí mismo los años de terapia, decidí mirar hacia adelante. Tres. No pude evitar reparar cómo el rubor de sus mejillas camuflaba las pecas que invadían sus pómulos. Me generó cierta tranquilidad, como si yo ya no fuera la única víctima de los efectos del sistema simpático. Dos. Esbozó una pequeña sonrisa. Intenté decodificar si era de una naturaleza más bien diabólica, o tan sólo un reflejo involuntario. Uno. Un paso de distancia, y ya había arrancó su pinza del bolsillo del guardapolvo. Cero. Cero pasos. Estaba parado al lado de mi profesora, sin opción de escapar. “Buen día alumno, dígame ¿qué es esto?”, preguntó, con una naturalidad digna de quien pregunta qué hora es.



Hubo algo en la forma en que formuló la pregunta que me hizo detener a reflexionar por un momento. Sabía la respuesta, pero no podía verbalizarla. No porque tuviera miedo ya, sino porque en ese preciso instante, sentí una comodidad impensada. Una comodidad tal, que me distrajo del mundo anatómico, y desvió mis pensamientos hacia una apreciación de la forma en que la prosodia que utilizaba esta profesora para preguntar en una instancia de evaluación había disipado mis temores tan repentinamente. Ni siquiera me molestó que me dijera, tras esperar unos segundos, “Adelante alumno, vuelva a la tierra”. “Es el nervio músculocutáneo”, respondí con certeza. Más allá de que el temblor de mi mano al sostener la pinza delatara el resabio de mis nervios, mi cuerpo se erigió como con orgullo. “¿Cómo lo justifica?”, retrucó. “Nos mostró la semana pasada cómo este nervio penetraba el coracobraquial, y además lo vemos bajando entre el bíceps y el braquial anterior”. Me di cuenta que apreció la referencia a sus enseñanzas cuando ensanchó su sonrisa: “Excelente, eso es todo”. “¿Eso es todo?” me pregunté a mi mismo. Eso fue todo. Claramente habiendo contactado el estudio anatómico hacía una semana por primera vez, la profesora no pretendía que conociéramos el detalle de todas las estructuras que debíamos incorporar durante el año. Simplemente evaluaba nuestra capacidad de afrontar una situación de presión, la misma situación en la que estaremos infinitas veces como futuros médicos frente a nuestros pacientes. Evaluaba la forma en que comunicábamos lo que sabíamos, más allá del contenido. Y por sobre todo, evaluaba nuestra capacidad de escuchar. Y como no escucharla cuando adoptaba su versión shakespereana de Vesalius.

Hoy entiendo que era en su pasión por la anatomía y la forma en que nos la transmitía que radicaba la fuente de nuestros miedos. Pero en esa misma pasión se hallaba el origen de nuestra propia pasión. Aquella que nos daba la motivación necesaria para pasar horas intentando comprender la complejidad que nos caracteriza. Con cada oración, ella lograba transmitir lo que el compendio de anatomía que tenía guardado en la mochila desarrollaba con una frialdad espeluznante en una infinitad de capítulos. Y lo que más me llamaba la atención, era que esa simpleza no venía acompañada de simplificación. Simplemente tenía la capacidad para transmitirlo tan naturalmente, que hacía parecerlo simple, hacía parecerlo corto, hacía parecerlo fácil. Hoy comprendo que la anatomía no es ni simple, ni corta, ni fácil. Hoy me doy cuenta que tuve la suerte de cruzarme con esta profesora, cuya pasión contagiosa, marco el inicio del largo camino de mi formación médica, con la esperanza de poder encontrar maestros de este calibre durante el resto de mi carrera.

Ezequiel Gleichgerrcht



Segundo premio

María Florencia Forno

Seudónimo: Julia Alejandra

Universidad Nacional de Rosario, 6° Año

Nombre del “Maestro”: **Guillermo Mengarelli**

*“Ni el amor, ni los encuentros verdaderos,
ni siquiera los profundos desencuentros,
son obra de las casualidades,
sino que nos están misteriosamente reservados”.*

Ernesto Sábato

Corría el mes de Marzo y aún no desaparecían del todo los signos del verano que estaba por culminar. Con los nervios característicos del nuevo comienzo y la incertidumbre de no saber a quiénes encontraría allí, llegué poco antes de las 14.30 hs al aula que me correspondía para el cursado del 2° año de la carrera. De mis compañeros y mi docente no conocía más que sus nombres, que habían sido publicados junto al mío en la lista del Box 2. Nada me hizo suponer que en esa lista iba a encontrar mucho más que una experiencia académica habitual: la sorpresa y la gratitud vendrían un tiempo después.

Poco a poco, el aula se fue llenando de rostros; algunos hasta el momento me eran completamente desconocidos y a otros los había visto alguna vez por los pasillos de la Facultad o en los tensos momentos de espera para un examen. Cada uno fue tomando ubicación alrededor de la larga mesa que ocupaba el centro de la habitación, dejando libre, en un acuerdo tácito, la silla a la cabecera de la misma. Todos sabíamos que ese lugar le correspondía a nuestro tutor.

Él llegó puntual y ocupó el lugar de la mesa que le había sido reservado. Nunca antes había visto a ese hombre y estaba atenta a todo lo que él transmitía, tratando de dilucidar eso que llaman “la primera impresión”. Saludó amablemente y desde su primera palabra noté la calidez de su voz y la tranquilidad que transmitían sus palabras. Se presentó, comentando que era Pediatra y que se dedicaba a trabajar con adolescentes (sospecho que esa cualidad fue la que contribuyó a entablar el vínculo que luego tuvimos, porque ninguno de nosotros estaba tan lejos de esa etapa). Nos dijo que era su primera experiencia como tutor, por lo que este año sería un aprendizaje para él tanto como para nosotros. Nos pidió que le transmitiéramos con total libertad y confianza cualquier inquietud, sugerencia o crítica que pudiera surgir con el transcurrir de nuestros encuentros y propuso que construyéramos ese espacio entre todos. Luego nos tocó presentarnos a cada uno de los alumnos y él escuchó con verdadero interés lo que cada uno tenía para decir, excediendo los límites de una presentación formal. Hizo una lista con nuestros datos y nuestras direcciones de correo electrónico y rápidamente memorizó nuestros nombres, lo cual no era poco dentro de un ámbito en el que no muchas veces se nos reconoce individualmente.

Cada lunes y jueves de ese año, de 14.30 a 16.30 hs, nos dimos cita en nuestro Box 2. El ventanal del aula daba a los salones de Fisiología y antes de cada clase lo veíamos salir con paso apurado de allí para venir a reunirse con nosotros. Cada encuentro era verdaderamente enriquecedor, porque él nos guiaba con una fluidez sorprendente en el aprendizaje de los nuevos contenidos y al mismo tiempo surgía entre nosotros



un vínculo de confianza y gratitud crecientes. Logró en el grupo algo bastante inusual: nadie quería faltar a una tutoría, realmente las disfrutábamos y aprovechábamos al máximo.

Las semanas y nuestra primera materia pasaron y llegó el tiempo del primer examen, para el cual él debía definir a través de su evaluación quiénes podrían rendir en condición de coloquio. Uno a uno fuimos entrando al aula para escuchar los resultados y cuando llegó mi turno, me sorprendió que había un punto más dentro del encuentro. En ese momento, no solo recibí su conclusión, sino que él me pidió que expresara mi opinión sobre el cursado, las tutorías y sobre su condición como tutor, para luego preguntarme si estaba de acuerdo con la calificación que había decidido y llegar a un acuerdo conjunto sobre la condición del examen. No podía estar más sorprendida. Ese hombre se preocupaba y se interesaba realmente por cada uno de sus alumnos y lo estaba demostrando una vez más.

Ir a rendir pasó a ser, entonces, algo más que un desafío personal: era también una manera de devolverle el voto de confianza que él había depositado en mi condición de coloquio. Por ello la alegría fue doble al obtener el esperado saldo positivo.

Cuando los exámenes terminaron y volvimos al cursado, iniciando una nueva materia, nuestro tutor se gratificó por los resultados que habíamos obtenido y muchos agradecemos el apoyo que nos había brindado en esa primera etapa de nuestro año.

Empezamos a trabajar en los nuevos contenidos con la misma dedicación que en la experiencia anterior. Él fue un pilar fundamental del cursado de esa materia, donde supo guiarnos y ayudarnos a organizar nuestro estudio. Sus conocimientos en Física nos fueron de incalculable valor a la hora de comprender conceptos imprescindibles y él no tenía inconvenientes en repetirlos y explicarlos hasta el cansancio... y finalmente la comprensión.

Recuerdo particularmente un momento del año en que habíamos estado bastante sobrecargados de actividades y nadie había podido estudiar lo suficiente para 2 o 3 tutorías consecutivas. Al notar esta situación él nos manifestó su preocupación y quiso saber si nos estábamos sintiendo incómodos con las tutorías, si nos habíamos aburrido de la metodología de trabajo o si existía algún inconveniente que justificara la merma en el estudio. Una vez más aparecía su muestra de compromiso permanente con el proceso de aprendizaje y con nosotros mismos. Nos demostraba que no daba igual si aprendíamos o no, o si sentíamos que ya no nos eran útiles nuestros encuentros. Yo no podía dejar de sorprenderme ante la enorme vocación docente de ese hombre y con el nivel de compromiso que evidenciaba.

Con el tiempo fuimos conociéndonos más y descubrimos que él no sólo era médico y docente, sino que también cantaba. Mi admiración y la de mis compañeros hacia él crecía cada vez más, y todos nos sentíamos verdaderamente a gusto en los momentos que compartíamos.

Terminaba Agosto y llegó el turno del segundo examen y de una nueva evaluación de su parte. Se repitió el proceso anterior y nunca nadie estuvo descontento con la calificación recibida, ni con las sugerencias que él nos hacía. Cada una de sus palabras nos era transmitida con absoluta humildad y la sensatez y honestidad de sus conclusiones dejaban a todos satisfechos, aún cuando en ciertas ocasiones no recibíamos los mejores resultados. Nuestro tutor supo crear una relación donde el reconocimiento y el respeto por el otro estuvieron siempre presentes y, gracias a ella, pudimos crecer y aprender en un ámbito en el que todos nos sentíamos cómodos y sobre todo contenidos y respaldados.

Pocos días antes del examen nos envió un e-mail que aún conservo y que me permitiré transcribir por-



que considero que nada de lo que yo pueda decir lo describe mejor que sus propias palabras. “Éxitos” era el asunto de dicho correo, y decía:

“Hola Comisión A3

Puedo imaginar cómo se están sintiendo en estos días... pero nada es tan terrible.

Como no he recibido ninguna noticia de parte de Uds. pidiendo auxilio, supondré que ya están en condiciones de afrontar este nuevo examen. Independientemente de la condición de cada uno, creo que todos han estudiado y aprendido lo suficiente como para aprobar sin dificultades. De mi parte, un verdadero gusto haber trabajado con Uds. en esta área, con tanto contenido de Medicina. Espero cruzarlos en estos días, y el mayor de los éxitos en el examen.

Saludos.”

Debo resaltar que un gesto tan simple como éste, tuvo (y tiene aún) un valor incalculable para nosotros. No estábamos solos en este camino y él nos lo hacía saber en pocas palabras.

Sucedió en ese momento algo muy particular: a una de mis compañeras le tocó rendir el examen final con él. Al saberlo, ella tenía la posibilidad de optar por un docente diferente dado que él era su tutor, pero la desechó. Lamentablemente, los nervios le jugaron en contra por lo que no pudo dar un buen examen y no fue aprobada.

Recuerdo todavía el día en que volvimos a encontrarnos. Él estaba verdaderamente conmovido por lo que había sucedido días atrás y frente a todo el grupo habló con ella, expresando lo mucho que le había costado desaprobala, dado que conocía sus capacidades, pero no había podido demostrarlas. No hubo reproches ni resentimientos de parte de mi compañera. Mucho menos del resto de nosotros. Entendíamos perfectamente que él actuaba con total justicia y rectitud y que su decisión había sido correcta.

Las experiencias compartidas nos marcaron poco a poco. Sabíamos que el recorrido estaba llegando a su fin: sólo nos quedaba una materia por delante y llegaría la despedida. El próximo año podríamos volver a encontrarnos con nuestros compañeros, pero ya no con él, que seguiría siendo docente de 2º.

Por tercera vez en el año, vivimos una experiencia altamente positiva en cuanto a lo académico. Lográbamos una comprensión profunda de los contenidos y en cada tutoría se generaban interesantísimos debates que desembocaban en cadenas de e-mails durante la semana, donde intercambiábamos los materiales que cada uno había encontrado para resolver las dudas que habíamos tenido o para ampliar cuestiones que no habían quedado del todo claras.

Él llenaba plenamente las expectativas de su función. Era un verdadero tutor: guiaba firmemente nuestro crecimiento, nos acompañaba y sostenía en cada nuevo paso, brindándonos seguridad y contención en todo momento.

El fin del año lectivo se hizo inminente y con mis compañeros empezamos a sentir que aquel no podía ser un final como cualquier otro: una etapa tan fructífera como aquella merecía un cierre distinto.

Así fue que una mañana de fines de Noviembre nos dimos cita en una esquina céntrica con un objetivo claro: elegir entre todos un regalo para nuestro tutor. Un objeto, un símbolo material que fuera capaz de contener el agradecimiento, la gratitud y la promesa de no olvidar el tiempo compartido que queríamos



brindarle.

Una agenda y una lapicera fueron el disfraz de tales obsequios, que seguramente él supo encontrar entre páginas y tintas. Se las entregamos el último día de cursado y las agradeció profundamente. Emocionado, nos dijo que había sido un gran año y que también él había aprendido muchísimo. Dijo también que lo habíamos ayudado a disipar los temores del comienzo y que habíamos contribuido a confirmar su vocación docente.

Una vez más sentimos que nos faltaba un cierre, un final, un último recuerdo compartido. Decidimos entre todos algo diferente y maravilloso, que nunca pude volver a repetir a lo largo de mi carrera. Nos desprendimos del ámbito de la facultad y una noche de esa semana nos reunimos: pizzas, charlas amenas y risas dieron marco a una noche inolvidable. Quedaron a un lado nuestros libros de Fisiología para privilegiar el contacto humano, que había estado siempre latente y había sido el motor de ese grupo que ahora empezaba a mirarse con nostalgia. No había diferencias, ya no había alumnos ni docente, fuimos un grupo de personas compartiendo un momento por el sólo placer de estar reunidos, por el cariño que se año había forjado entre todos y cada uno de nosotros.

Nos llevamos un recuerdo imborrable del que él fue artífice y responsable.

Eternamente... Gracias.

Julia Alejandra



Menciones especiales:

Juan Marcelo Reyes

Seudónimo: Aarón Paulus

Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes, Argentina.

Retrato de: **Profesor Doctor Oscar Pirchi**

“Persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes lo aprendiste.”
(2 Tim 3, 14)

Los prácticos de cirugía eran una auténtica caja de pandora. Aunque en el segundo curso de la materia su frecuencia se había reducido a dos veces por semana, no habían perdido el efecto sorpresa. La modalidad de continua rotación de los jefes de trabajos prácticos era la norma. Nunca sabíamos de antemano con quién desarrollaríamos las actividades del día. El anonimato del docente se conservaba cuidadosamente, como si fuera una piedra preciosa, hasta el momento en que el secretario de la cátedra terminara de tomar asistencia a cada comisión.

A los siete alumnos integrantes de la comisión tres nos habían avisado que debíamos pasar al salón de clases del primer piso de ese mismo sector hospitalario. Fue aquella una solicitud poco habitual. En efecto, estábamos acostumbrados a que nos asignaran un paciente de los internados en alguna de las tres salas, con la subsiguiente misión de despertarlo, darle el primer “buen día” y luego incursionar por el asiduo desafío de convencerlo de la necesidad de su cooperación para que se le realizara una “nueva” historia clínica, una de las tantas nuevas que le solicitarían ese día y los restantes días de su estadía hospitalaria otros tantísimos estudiantes. Con la obediencia propia de los alumnos de medicina perteneciente a una casa de estudios con fuertes tintes tradicionalistas, ascendimos por cada uno de los quince peldaños recubiertos de baldosas graníticas que separan la planta baja del primer piso, e ingresamos al salón indicado, por primera vez.

Aquel recinto del saber poco tenía de elegante. La escasa comodidad y la limitada adaptación pedagógica del lugar, sin embargo, no serían en lo más mínimo un límite para que un maestro pudiera formar discípulos. A pocos minutos de nuestro arribo acabaría el enigma del día. Tras los sonidos propios de pasos firmes pero vertiginosos que acompañaban su ascenso por la escalera, se hizo presente en el lugar el docente que nos acompañaría en la ocasión. Y más allá de la ocasión.

El doctor Oscar Pirchi era una persona de apariencia muy sencilla. Aunque una cuidadosa inspección de su ser revelaba una trayectoria vital de cuantiosas décadas, su gran vitalidad, sus movimientos enérgicos, su hablar locuaz y su lucidez extraordinaria confundían aún a los más autoproclamados expertos en diagnósticos etéreos. Su contextura longilínea (en parte, un vestigio silencioso de una afección con la que había batallado hacía unos diez años, y de la cual había salido victorioso) le otorgaba un porte altivo, una elegancia peculiar que se acentuaba con el uso de un guardapolvo impecablemente blanco.

- Buen día, estimados jóvenes.

Pronunciadas con voz firme y segura, aquellas primeras palabras que nos dirigió, estaban, sin embargo,



cargadas de calidez humana, matizadas de un noble respeto y acompañadas de una plácida y espontánea sonrisa. Estas tres cualidades de su comunicación, no eran más que un auténtico emergente, una genuina muestra de los rasgos más significativos de su personalidad.

- Soy el profesor Oscar Pirchi, alias “el viejo” – añadió inmediatamente -. Es la primera vez que nos vemos, ya que no había tenido aún la suerte de compartir una clase con ustedes, los integrantes de estas comisiones.

En cada nueva oración de su discurso, de su mensaje de bienvenida, se iba develando, algún aspecto de su ser, de su profundo ser. En efecto, él consideraba siempre que cada nueva oportunidad que le daba la vida de encontrarse con los jóvenes galenos en formación era un momento a ser compartido, y, muy especialmente, una ocasión para ser agradecido con la vida misma. Los alumnos no éramos un peso, ni un grupo de sujetos con quienes descargar las frustraciones y los conflictos no resueltos, sino personas a ser respetadas como tales. Y de ese mismo modo nos exigiría que tratásemos a todos los pacientes.

- Sé que ustedes todavía no me conocen, y que quizás están con algo de miedo por todo lo que le puedan haber dicho en los pasillos acerca de este “viejo” profesor. Por eso yo les pido que me den la oportunidad de mostrarles cómo y quién realmente soy, para que me conozcan por ustedes mismos.

El profesor estaba bien informado.

- Agradezco a la cátedra por haberme permitido el desarrollo de estos encuentros. Tras haberme jubilado, por cuestiones de edad, de mi anterior cargo de profesor titular de la materia, no tengo ni el más mínimo interés en quedarme sentado en mi casa. Por ello, le pedí permiso a mi sucesor para seguir en contacto con los alumnos. En mi nuevo carácter de “profesor consultor” me reúno con ustedes, para ofrecerles una experiencia distinta a las tradicionales clases teóricas y prácticas que deben cumplir porque el sistema se los exige. En los “encuentros” que tendrán conmigo, intentaré transmitirles la experiencia que he adquirido en el ejercicio de la profesión médica durante un número tan grande de años que mi demencia senil no me permite precisar. Pero, por sobre todo, intentaré transmitirles una nueva forma de aprender y de hacer medicina.

El que hasta instantes previos nos inspiraba temor, en segundos se había ganado ya nuestra confianza. Su presentación, aunque escueta, fue más que suficiente para permitirnos vislumbrar que efectivamente, tal como lo decían los no siempre veraces comentarios de pasillo, estábamos ante un genuino “señor profesor”. (De hecho, aunque algunos no lo consideren, los alumnos tenemos una virtud innata, finamente agudizada: la de juzgar –sin que nos pidan- la calidad y calidez de cada persona que se pretenda nuestro “docente”. Y no todos pasan satisfactoriamente el juicio.)

Aquel primer “encuentro” (denominación preferida por el profesor, en lugar de la palabra “clase”) sería una experiencia plácida e inédita, para todos los presentes, pero especialmente para mi. Tal como nos había adelantado, la modalidad pedagógica del profesor era novedosa. En un primer momento solicitó que nos presentásemos con nombre y apellido. Luego nos aclaró que el eje a ser desarrollado sería elegido por nosotros y, como no lográbamos salir de nuestro mudo asombro, escribió tres grandes temas quirúrgicos en el pizarrón para luego invitarnos a votar. Una vez dirimida la cuestión (“síndrome coledociano”) por la mayoría de los absortos sufragantes, esbozó un magistral recordatorio anatómico y funcional de



las vías biliares humanas, y nos fue guiando mediante preguntas que nos formulaba a cada uno, llamándonos por nombre y apellido sin error alguno. Era sorprendente advertir cómo dirigía cada interrogante de modo tal que la respuesta -generalmente correcta- afloraba inexorablemente de nuestro desordenado acopio de conocimientos resultante del paso por el ciclo básico de la carrera. Pero más sorprendía su graciosa capacidad de utilizar cada ocasional respuesta equívoca que surgía de labios de los más acelerados respondedores reciclándola, insertándola en algún otro tema del programa, para luego felicitar a quien la enunciaba por su “extraordinario” aporte cognoscitivo “adicional” a la temática solicitada. (Tal táctica llevaba implícito, incluso con algunas risas de fondo, el objeto de estimularnos el establecimiento de nuevas conexiones interneuronales.) Pero fue, sin embargo, el despliegue de numerosas radiografías directas y contrastadas, la genialidad con la que consiguió el zenit de nuestra atención. En efecto, una de las magnas evidencias de sus varias décadas de incursión por la clínica quirúrgica era su asombrosa colección de imágenes de las más diversas situaciones patológicas, incluso de aquellas que aparentaban estar sólo en los libros de semiología accidentalmente llegados a nuestro continente en las carabelas de Colón, y que tan renombrados eran por los amantes del detectivismo sobre el cuerpo humano. El doctor sabía perfectamente que a la instrucción que nos había aportado en “diagnóstico por imágenes” él debía adicionar los fundamentos etiofisiopatogénicos que posibilitaban la adecuada interpretación de las situaciones ilustradas.

- Miren la imagen detenidamente, siempre en su totalidad. Relacionen con lo que ya saben de ciencias morfológicas, y traten de descubrir qué región topográfica es la que se ofrece. Y, luego, piensen en 3 D, ¡Piensen en 3 D!

No obstante el amplio abanico de artilugios puestos en escena por el profesor, el mayor de los impactos que habría de recibir de su persona residiría en la simpleza y en la profundidad de cada una de sus palabras. Su célebre: “¡Piensen en 3 D!”, habría de marcar un antes y un después en mi carrera, en mi formación, en mi modo de ver la vida. Aquella simple frase no sólo habría de convertirse en el más espléndido sumario de toda la enseñanza que me transmitió el noble profesor, sino también en la manera más fidedigna que yo podría utilizar para describirlo por el resto de mi vida.

- Quiero que se acostumbren a pensar en “3 D”. Cuando les presente una situación médica intenten esbozar, al menos, tres diagnósticos posibles. ¡Nunca menos de tres! El que consideren el más probable será el deberán defender, y los otros dos sus primeras diagnosis diferenciales. Cuando les muestre una imagen, intenten descubrir la región topográfica a la que pertenece y razonen en las itres! dimensiones, desglosen plano por plano en los tres sentidos: de adelante a atrás, de arriba abajo y de lado a lado.

Me parecía increíble que tan simples vocablos hubiesen logrado un efecto que había ansiado durante los años previos de la carrera: el de encontrar un modo de establecer conexiones sólidas entre los copiosos engramas científicos y técnicos que me habían proporcionado las asignaturas del ciclo básico. Sin embargo, ¡et voilà! El magistral estímulo pedagógico del profesor me lo había revelado.

El encuentro progresó con copiosos aportes originales por parte del profesor. Y me encontraba yo tan fascinado y atraído por la novedad de su abordaje didáctico que no me había percatado de una de las cualidades sobresalientes del mismo: el uso del humor como herramienta de distensión intelectual.

- No sé por qué razón -dijo con voz firme, enclavando su vista en mí- este individuo, que tengo en primera



fila y al que me estoy dirigiendo en este preciso instante, sólo me ha mirado todo el tiempo con lo que la nomenclatura quirúrgica internacional definiría como una auténtica: “cara de...”

Y, luego de un breve instante en el que consiguió que el punto crioscópico de mi sangre se aproximara al cero absoluto, remató:

- “Región interglútea”.

La espontánea carcajada que logró obtener de lo más profundo de mi ser lo puso muy contento.

- Ahora sí puedo finalizar este encuentro con tranquilidad. Quiero que sepan todos que no podía terminarlo porque había un alumno que no se había reído. Y jamás hubiese podido concluir el taller sin haber conocido la sonrisa de todos y cada uno de los que están presentes. La vocación médica, estimados “colegas”, sólo es auténtica y sólo vale la pena si logra hacerlos felices. No se olviden de ser médicos “felices”. Nos vemos la próxima vez que la vida y el secretario de cátedra nos concedan la oportunidad. Pero no se marchen sin antes dejarme sobre el escritorio un papel en el que cada uno, de forma anónima, consigne tres puntos que considere positivo y otros tres que estime deben ser corregidos tanto sobre el coloquio como sobre este viejo profesor.

La inusual deferencia de solicitar que se evalúe su función docente me proporcionó un elemento muy valioso para justipreciar la calidez y la calidad del maestro. Pero fue, sin duda, aquel noble e inusual gesto de no finalizar el ateneo sin lograr verme sonreír el que consiguió dejar el sello indeleble del paso del profesor por mi vida, el que no permitiría que el resto de mi formación sucediera sin tener presente su persona y su enseñanza.

La valoración altamente positiva que había experimentado al comenzar a poner en práctica sus sabios consejos en los trabajos prácticos de las distintas materias que por entonces cursaba, y especialmente en aquellos ejecutados con pacientes, no hacía más que alimentar mi ansiedad por revivir a la brevedad un nuevo “encuentro” con el profesor. Pero era consciente de que tenía que saber esperar. El profesor también respetaba la modalidad rotativa de los docentes de la cátedra, e iba convocando, cada semana, sólo a una o dos de las numerosas comisiones de alumnos. (De paso, nos entrenaba en el ejercicio de la paciencia, pues muchas veces la opción de ser médico puede conllevar el grave riesgo de no saber ser paciente). Sin embargo el tiempo que tendría que aguardar para el segundo coloquio habría de ser bastante superior al que mis cálculos estimaban.

Unas pocas semanas posteriores al primer encuentro, el profesor fue víctima de un evento cerebrovascular, que le causó una caída en el pasillo central de la facultad. La presencia de gran número de galenos tanto graduados como del pregrado fue clave para que recibiera un diagnóstico casi instantáneo y un fugaz traslado a un centro de salud de alta complejidad, lo que propició un alta muy precoz. Tales noticias habían llegado a mis oídos. No podía quedarme de brazos cruzados. Me reuní, entonces, con un grupo de compañeros, y tomamos la decisión de ir a visitarlo en su propia casa. Y, sin que mediaren avisos, protocolos ni anticipos telefónicos a su hogar, ejecutamos la decisión.

Aquella visita fue doblemente emocionante. El profesor se sintió altamente conmovido, sorprendido y complacido con la presencia de sus jóvenes alumnos. Los visitantes, por nuestra parte, estábamos es-



tremecidos por constatar la indemnidad de su fascies siempre sonriente, y por testimoniar cuán rápido avanzaba su recuperación. La egosintónica alegría de todos possibilitó que, con premura, se entretajara un ambiente de mucha confianza, hecho clave para que el profesor compartiera muchos aspectos de su vida que hasta entonces me eran desconocidos.

Su biografía estaba llena de contrastes. La vida lo había puesto frente a grandes pruebas, pero también lo había compensado con grandes oportunidades de las que supo sacar buen fruto. Aunque había cursado casi toda su carrera de médico en nuestra facultad, tuvo que finalizarla en la universidad nacional del Litoral, a causa de fuertes desavenencias de docentes con un grupo bien identificado de alumnos –entre los que se enlistaba él- que reclamaban la implementación de concursos. Aunque había desarrollado una gran pasión su labor como médico cirujano, se guardó siempre un espacio para los deportes y el ejercicio activo de la ciudadanía mediante la militancia expresa en un partido. Aunque había padecido una neoplasia maligna que parecía haberlo dejarlo fuera de la carrera docente, durante su plena batalla contra tal afección obtuvo el cargo de profesor titular por concurso de la Cátedra IV de cirugía. Aunque la vida se empeñaba en recordarle que nadie es profeta en su tierra y le acechaban las amenazas de confinamiento al silencio del que son víctimas muchos sabios profesionales ancianos, él encontraba siempre razones para afrontar la adversidad con sentido positivo, con una sonrisa especialmente regalada a los pacientes y a los alumnos.

Como la lista de antítesis continuaba y hubiese tenido que dar nombres de algunos colegas a quienes él no les caía en gusto, desvió con mucha sutileza el tema haciendo uso de su hábil capacidad de hacer reír en los momentos de tensión.

- Aquel día –deslizó súbitamente-, luego de haberme caído y mientras yacía en uno de los bancos del pasillo de la facultad a la espera de la camilla, esta señorita aprovechó para vengarse de mí. ¡Sí!, aunque no lo crean, estando yo en pleno balbuceo, ella me miraba fijamente, me señalaba con su índice y me decía: “Profesor: dígame tres diagnósticos! de lo que usted padece en este mismo momento”.

La señorita a la que hacía referencia era Graciela, la única mujer presente en el grupo de visitantes en el que me encontraba. La afirmación del doctor era, desde ya, un producto total de su sagaz invención, cuyo objeto era el de ver sonreír a los previamente atónitos visitantes. Y lo había conseguido, una vez más.

Meses después llegaría la tan ansiada ocasión de vivenciar –ya en el ámbito académico- un nuevo “encuentro” del profesor con los integrantes de la comisión de alumnos a la que yo pertenecía. Aunque escasamente debilitado en lo motriz, pidió permiso desarrollar la discusión sentado. Llevaba puesto un guante blanco, con el que cubría su mano derecha. Su incontenible necesidad de transmitir alegría lo llevó a improvisar bromas sobre su situación de “anciano que se había olvidado un guante”, las que le servirían luego de materia prima para el desarrollo del coloquio sobre lo que experimenta un paciente que padece un evento cerebrovascular. (Más tarde confesó que, como secuela de su última afección, constataba una vasoconstricción sostenida en el sector distal de su miembro superior derecho, lo que intentaba mitigar engalanando un solitario guante.) Comenzó el coloquio agradeciendo la visita de ciertos alumnos a su domicilio. Quizás porque era ya la segunda vez que se había saludado de cerca con la hermana muerte, nos insistió y nos exhortó -más aún que en el primer encuentro- en el máximo respeto que debíamos dispensar en todo momento a cada paciente. Nos recordó la gran importancia que los mismos tenían (muchas veces sin saberlo) en la formación de un médico, en especial al otorgar su autorización para ser



evaluados y asistidos por los estudiantes. Y, finalmente, nos invitó a reflexionar que ningún médico debía ser presa del error de valorar al ser humano sólo con un limitado sentido biológico, como una suma de signos y síntomas a ser nombrados y abordados de un modo unívoco. Por el contrario, él nos sugirió que seamos “atrevidos” y que no nos olvidemos de que en cada persona hay siempre otras “dimensiones” a ser consideradas e integradas: la psicosocial e, incluso, la espiritual. Pero nos recordó que las ideas que nos transmitía pretendían ser todas –sin excepción– simples aportes, humildes sugerencias de un anciano doctor, quien sentía ya el peso de las cuantiosas décadas del ejercicio profesional. Y, tras solicitarnos la tradicional evaluación individual de la jornada, agregó que en la que encuesta nos realizarían en pocos días, al finalizar el cursado anual, él ansiaba recibir, al menos, “un tres” de cada uno de nosotros. Ponderación con la que él quedaría satisfecho.

Mis grandes admiración y respeto por el profesor no me permitieron, ni por un momento, vislumbrar que ese segundo encuentro pedagógico sería, en realidad, el último del ciclo lectivo. En escasas semanas finalizó el cursado de todas las asignaturas, momento en el que cada alumno debía entregar debidamente cumplimentada una encuesta de la facultad sobre el desempeño de las distintas cátedras. Dado que las dos carillas no proporcionaban un espacio proporcional a mi deseo de expresión, redacté un informe de una importante extensión, que dirigí al profesor titular y, por su intermedio, a todo el cuerpo docente de la cátedra de cirugía. No obstante, consideré prudente proporcionar una copia del informe remitido, además, al profesor Oscar. Con tal intención, y a muy pocos días de iniciadas las vacaciones estivales, se la acerqué personalmente y se la entregué en mano, aún a riesgo de que los acompañantes cuarenta grados de sensación térmica –a la sombra– que suele vivirse en esta particular capital correntina pudiesen aplacar sus deseos de leer una obra no solicitada.

Dos meses más tarde debí pasar por el sector 99 del hospital. Al momento de disponerme a ingresar al mismo, fui sorprendido por una voz inconfundible:

- Estimado alumno. ¡Lo felicito por su informe! Me he tomado el tiempo para leerlo con detenimiento, y le puedo asegurar que no encuentro ningún punto para emitir observación alguna.

Las súbitas palabras me dejaron desconcertado por un instante (pues mi miopía avanzada me impedía reconocer la ubicación del conocido emisor), hasta que puede descubrir la figura del profesor avanzando hacia donde me encontraba. Me había reconocido al salir desde el acceso a la unidad de terapia intensiva, y, sin que yo me percatara, se había desplazado a mi encuentro.

- Considero que el informe está lo suficientemente completo como para justificar que todo el plantel docente de la cátedra lo considere –continuó–. Por ello ya le sugerí al profesor titular actual que no lo dejen olvidado en un cajón de la cátedra, sino que lo analicen en profundidad.

Y mientras en mi limitada mente estudiantil sólo desfilaba la idea del lío en el que yo podía haberme involucrado con tal reporte (particularmente cuando llegara el momento de rendir el examen final de la materia), el profesor concluyó:

- Su informe: ¡está para un diez!

Seguidamente, me refirió que se dirigía a la sala de pacientes varones a dar clase de semiología a dos jóve-



nes practicantes, y se despidió con la formalidad y la sonrisa que lo habían acompañado en cada ocasión. Su breve discurso había logrado infundirme, finalmente, la alegría que surge de la certeza de un deber bien cumplido. Aunque él, muy probablemente, presentía que podría no volver a verme, yo no imaginaba que aquellas serían las últimas palabras que recibiría de su persona.

Un tiempo después me llegaba la triste noticia. El profesor acababa de cerrar sus ojos a la vida terrena. Dejaba, a la medicina local, nacional y hasta internacional un legado valiosísimo: la formación de numerosas generaciones de médicos y de especialistas en cirugía abdominal; la contribución en la organización del sistema de residencias; un enfoque pedagógico muy particular; una original “guía” para la ejecución y redacción de la historia clínica “de pies a cabeza”; un muy activo rol en la gestión, planificación y consecución final de un centro universitario modelo para la especialización en cirugía laparoscópica en Latinoamérica...

A pesar de sus incuestionables magnos logros, yo (leal a la regla de los contrastes de su vida) lo recuerdo más por cada una de las humildes “sugerencias” que transmitió en sus “encuentros”. La puesta en práctica de las mismas fue más que clave durante la etapa clínica de mi formación. La imitación de muchas de sus estrategias pedagógicas me permitió el acceso a cargos rentados, por concurso, de “auxiliar de docencia” en diversas cátedras, y la rápida empatía con mis “colegas-alumnos” de los cursos inferiores. El fiel seguimiento de su modelo de historia clínica y de su “pensar en 3 d”, me brindó muchas herramientas para la mejor relación con los pacientes y para la obtención de inmejorables calificaciones en los exámenes finales. Su exhortación a no olvidar las dimensiones “psicosocial” y “espiritual” del ser humano me motivó a buscar ampliar, constantemente, mis escasos saber y experiencia sobre estos aspectos, a los que debí recurrir en las tres ocasiones en que la vida y el guardapolvo blanco me otorgaron la responsabilidad de acompañar a pacientes en lecho de muerte -y a sus familiares- cuando el tan mentado saber científico ya se quedaba sin respuesta.

Descubrí, tardíamente, que el amante de las “3 d” me había concedido el especial obsequio de un “tercer” encuentro, personal, al acercarse tan gentilmente y expresarme su opinión sobre aquel informe. Con su gesto me dio cátedra, desde la más genuina práctica, de una de sus máximas: la “¡Medicina basada en el paciente!”.

- ¡Descanse, Maestro! Usted se merece más que un diez.

Aarón Paulus.



Menciones especiales:

Georgina Crisci

Seudónimo: Amatista

Universidad Nacional de Ciencias Médicas de Rosario.

Maestro: **Dr. Hernaldo Crisci**

Santa Fe, 8:00 am, clase de medicina legal. Luego de una plática entusiasmante, didáctica y divertida, el profesor toma asistencia antes de salir del aula. Mi turno. Presente, contesto. Se me acerca y me pregunta, como es habitual, el parentesco con mi abuelo. Asiento sonriente el acierto y su emotividad me sorprende. Vení dame un beso, tu abuelo fue “mi Maestro”. No sabía que tuviera una nieta que estudiara medicina. ¿Qué tal la abuela? Saludos....

Debería ser mi profesor de medicina legal (alergista) quien escriba este retrato pero no encuadra en los requisitos por lo que me deja a mí el honor de hacerlo.

Luego de pensar exhaustivamente en profesores que me hayan dejado un legado de “Maestro”, vuelvo a encontrarme siempre con la misma persona. Tomo una por una las materias del cursado de la carrera y pienso en los docentes. Elijo 3... no me convence, no los llegué a conocer demasiado, una pena. Y me da vueltas la cabeza... y ahí está mi abuelo, al que muchos lo han llamado Maestro. ¿Por qué no? Maestro no es sólo aquel que enseña el arte de la profesión en los momentos de la carrera universitaria sino todo aquel que ha dejado huella en la elección y el modo de ejercer la medicina. Maestro es aquel que pasa a la historia aunque no lo hayamos conocido y que perdura en aquellos que recorren el mismo camino tiempo después.

Aquel personaje flaco, de estatura media, de cabello negro y semicalvo, al que yo recuerdo de anteojos grandes. Amante de los deportes; y contra todo pronóstico fumador. Lo recuerdo sentado en el comedor de su casa mirando la televisión y tomando un caramelo cada tanto. Tiempo después me enteré que lo hacía para evitar el cigarrillo que tanto daño le estaba causando. Esa misma persona que tal vez me formó a través de mi padre y sembró la semilla de la profesión.

No tuve la suerte de convivir con mi maestro en mi elección vocacional, ni en el transcurso de la carrera, pero me bastó su impronta para seguir el mismo rumbo. Un maestro que fui armando con las anécdotas de mi abuela, mis tías abuelas y de mi padre.

Hace dos años a mi tío, médico alergista, le pidieron que diera un discurso por cumplirse un aniversario más de la Asociación Argentina de Alergia. Mi tío quiso que fuera mi padre quien hablara por él. Era una noche tranquila interrumpida por la velocidad del que llega justo a tiempo a una conferencia. Un aula repleta de médicos, amigos y familiares... Habló de las pasiones dominantes de “mi Maestro”... “su familia, decía, la soñó grande, unida, acogedora, y para ello lo que hizo fue sencillamente ser un padre dedicado, compañero, admirador de sus hijos y un esposo ejemplar. Esto se dice fácil, pero hay que serlo. Recuerdo las veces que era el único padre en una mañana helada de domingo viendo a su hijo de 13 años jugar al rugby. Lo recuerdo también visitando todas las tardes después de la clínica a su Papá, ya hemipléjico, al que le contaba todo como si entendiera”. Esto fue una de las primeras cosas que aprendí a admirar a través de los ojos del recuerdo de mi padre y después por medio de su ejemplo. La familia



de un médico es parte fundamental de su ejercicio profesional. Siguiendo un conocido refrán podríamos decir: detrás de cada Maestro hay una gran familia. Creo que el ser buen padre de sus hijos, lo llevó a ser un buen padre-guía de sus pacientes, alumnos y discípulos.

Un maestro del que fui aprendiendo por medio de sus admirables seguidores; a través de las clases magistrales, de esas que ahora “se aplauden”; de la relación medico-paciente que va más allá de lo físico, de la relación profesor-alumno que exige pero no ahoga, que enseña pero no impone su criterio, que quiere que lo oigan pero saber escuchar. Seguía mi padre: “Su segunda pasión era su profesión de médico y alergista. A través de los años he encontrado con orgullo montones de pacientes que lo consultaban como médico y terminaban queriéndolo como persona (está claro que había algo más que medicina en esa relación). Se formó con esfuerzo (mi madre dice que yo odio las estaciones de tren porque allí íbamos a despedir a Papi los domingos cuando se iba a BS AS a estudiar la especialidad) yo soy el tercer hijo o sea que ya era grandecito cuando hacía esta apuesta. Y ese esfuerzo por formarse le duró toda la vida. Lo recuerdo cuando casi ya no veía, leyendo con dos anteojos y una lupa el último número de un Journal de alergia en Inglés, idioma que no le resultaba fácil, ya que él había estudiado francés”. Una formación que no termina nunca para aquél que no se cree sabio y que descubre que es posible aprender siempre algo nuevo. Como dice ese fragmento: “Enseñarás a volar, pero no volarán tu vuelo. Enseñarás a soñar, pero no soñarán tu sueño. Enseñarás a vivir, pero no vivirán tu vida. Enseñarás a cantar, pero no cantarán tu canción. Enseñarás a pensar, pero no pensarán como tú. Pero sabrás que cada vez que ellos vuelen, sueñen, vivan, canten y piensen... estará la semilla del camino aprendido y enseñado”. Un buen maestro aprende a extraer lo mejor de cada persona; se alegra con las alegrías de los demás, se entristece con las derrotas ajenas y se sienta en el lugar de quien tiene en frente, no como un paciente más sino como si fuera él mismo.

Hoy creo que una condición muy importante fue su espíritu deportista que no configuró solamente el físico sino que formó la voluntad, fortaleció el empeño y logró la paciencia.

Un maestro que fue ante todo parte de sus amigos, como diría Shakespeare, esa familia que nos permitimos elegir. Fui encontrando “miembros de esa familia” en los pasillos de la facultad, en las aulas, en las mesas de exámenes, en una consulta médica, en el Hospital Centenario al pasar por la sala de alergia, donde está su nombre.

“Una tercera pasión fueron sus discípulos a varios que veo hoy los conozco , y debo decirles que también conocíamos en cierta medida sus vidas, porque la relación que tenía con ustedes no terminaba en el hospital, mi padre seguía hablando de ustedes. en la cena o en el almuerzo, porque en realidad él estaba metido en sus vidas y ustedes en su corazón”, resumía mi padre en el discurso.

Tenía una relación humana que es necesaria para enseñar y aprender, para querer y ser querido, porque ¿de qué sirve un modelo glacial que se puede admirar pero no se puede amar? Ingresé en la universidad con la ilusión de aprender conocimientos nuevos por médicos “capos”, pero terminé buscando aquellos que transmitieran un concepto humanizador del alumno, del paciente y de ellos mismos. Recuerdo la clase con un profesor de psiquiatría que contaba que sus pacientes iban a la consulta no porque supiera más que otros ni porque se hubiera formado en el extranjero, sino por la calidad humana que les brindaba. El verdadero Maestro compagina sabiduría y humildad; amistad y respeto.

Mi padre relata que el Dr. Bernardo Preve, que era casi de su edad, comenzó la especialidad en alergia de grande y se enfermó de cáncer que lo postró casi un año. Todos los sábados por la tarde durante ese



año mi abuelo iría a visitarlo sin fallar, hasta su muerte como si fuese un hermano.

Siempre me ayudó en lo personal el texto de una persona que fue maestro y tuvo muchos amigos que dice así: “Has tenido la gran suerte de encontrar maestros de verdad, amigos auténticos, que te han enseñado sin reservas todo cuanto has querido saber; no has necesitado de artimañas para “robarles” su ciencia, porque te han indicado el camino más fácil, aunque a ellos les haya costado duro trabajo y sufrimiento descubrirlo... Ahora te toca a ti hacer otro tanto, con éste, con aquél, icon todos! Y así de a poco fui construyendo ese médico-padre-amigo-colega y abuelo que son las definiciones, a mi modo de ver, más acertadas de lo que realmente fue, es y será un maestro. Así gracias a muchos otros maestros de la vida pude reconstruir al mío. Un médico puede dejar muchos agradecimientos, alegrías, conocimientos en sus pacientes y alumnos pero un verdadero Maestro en la medicina lo deja todo, se deja él mismo.

Las figuras de personas que han dejado marca en la historia pueden servirnos para aprender de sus errores o para tomar ejemplo y así dibujar el propio camino a seguir, distinto de todos, porque somos únicos. No se pretende ser igual a ellos sino tomar de sus vidas los condimentos necesarios para enriquecer las nuestras y dejar del mismo modo en los demás el buen sabor de una vida ejemplar. Se acababa el discurso de mi padre y parecía que ya no había mucho más para decir... sin embargo dio el retoque del artista que mira de lejos su obra y ve que le falta un detalle, que por ser el último, no el menos importante. Y habló de ese color intenso que lo abarcó todo... “Por último la pasión que engloba todo era su fe cristiana. Supo ver que en esas cosas que él amaba, su familia, su profesión, sus discípulos, su país, supo ver decía, que allí y no en otra parte lo esperaba Dios para que le fuera fiel. Así creo yo, tuvo su gracia final .En sus dos últimos años casi ciego (iba a la clínica caminando cerca de la pared para no tropezar) y enfermo de un cáncer doloroso, no se le escuchó una sola queja, como si expiara anticipadamente sus errores Así se lo llevó Dios como el jardinero que corta la flor en su apogeo. Por eso es justo que hoy le rindamos homenaje, como padre, como profesor, pero sobre todo como maestro, como alguien en el que vale la pena mirarse.”

Miré por el espejo del recuerdo y creo haber seguido ese consejo. Y si bien no tuve la suerte de transitar junto a mi abuelo en el camino de la carrera universitaria, pude encontrar nuevos maestros de la medicina, de los cuales no quise hacer un retrato por falta de trato directo y duradero; de personas con valores para la vida. Me ilusiona poder formarme en la especialidad al lado de uno de esos médicos que hacen de su trabajo ordinario un ejemplo de vida; como dice un escrito español: “no basta ser bueno: hay que parecerlo”. Y descubrir así personas en las que pueda seguir las pisadas de “mi maestro”.

Georgina Crisci

Medicina & Cultura

Suplemento mensual de
Clínica-UNR.org



Libros del Zorzal



cocaem.xx
córdoba 2009



IntraMed

www.intramed.net



ROEMMERS

CONCIENCIA POR LA VIDA

www.roemmers.com.ar